2389

JOAQUÍN DICENTA

LA CONFESIÓN

COMEDIA

en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

3

= 6

LA CONFESIÓN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CONFESIÓN

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

Estrenada en el TEATRO SALÓN REGIO la noche del 5 de Septiembre de 1908

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ANTONIA	Matilde Rodríguez.
FELICIANA	Avelina Torres.
ADELA	Ana de Siria.
MERCEDES	Milagros Jiménez.
SOR MARÍA	Amparo Molins.
SANTIAGO	Samuel Aguado.
EL PADRE ENRIQUE	Fernando Porredón.
MENDOZA	Ricardo Marchante.
LUIS	Fernando Montenegro.
ANSELMO	Félix Infiesta.
UN CRIADO	Santiago Ventosa.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

La escena estará dividida en dos habitaciones.

La de la derecha, algo mayor que la de la izquierda, comunica por el fondo con una alcoba, que tendrá corrido el cortinaje al empezar la representación. Dentro de la alcoba un par de sillones y una cama. A la derecha de la habitación una puerta de una hoja, practicable.

La habitación es un entre despacho y ante alcoba. Habrá en ella, entre otros muebles, dos ó tres sillones, un escritorio «secretaire», dos veladorcitos portátiles y una mesilla, encima de la cual se verán frascos y cajas de medicina, un recipiente pequeño de cristal, un vaso, una cuchara, etc.

La habitación de la izquierda será un gabinete de recibir, á la última moda en todos sus detalles. Comunicará con la habitación de la derecha por una puerta de dos hojas que estará abierta al comienzo del acto. Al fondo del gabinete un rompiente, que descubre una galería de cristales, adornada con plantas y abierta sobre los jardines del hotel. Al alzarse el telón aparecen en escena, en la habitación de la derecha, Antonia, Feliciana, Sor María y Mendoza.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA, FELICIANA, SOR MARIA y MENDOZA

FEL. ¡Qué mañana tan horrible pasó!

MEN. Ahora es conveniente no turbar su reposo. Con una persona que permanezca al lado suyo, basta. Y nada de ruidos.

611051

ANT. Que se quede entonces Sor María. De puro silenciosa, ni respirar se la oye.

SOR Yo me quedaré.

MEN. (A Sor María.) Si despierta, ya sabe usted, la cucharada.

SOR Descuide; á seguida prepararé ese medicamento.

MEN. Si cuando despierte desea levantarse que lo haga. Le sientan en un sillón de estos, con almohadas por bajo de la espalda... El mismo pedirá levantarse. Los enfermos del corazón se ahogan en la cama, sobre todo si como este, es extrema la gravedad.

ANT. ¡Pobre padre mío!...

MEN. ¡Ea, ánimo, ánimo! (Empujándola cariñosamente hacia el gabinete de la izquierda.)

FEL. (A Sor María.) Si hay novedad, avísenos. (Salen por la puerta que comunica con el gabinete de la izquierda Antonia, Feliciana y Mendoza, que cierra la puerta tras él. Sor María, que ha quedado en la habitación, se dirige hacia la mesita, destapa uno de los frascos, echa parte del líquido en él contenido dentro del recipiente de cristal; vacía en el mismo recipiente una cajita que habrá también sobre la mesa y lo revuelve todo con una cuchara. De tiempo en tiempo se dirige hacia la alcoba y escucha. Todo ello mientras sigue el diálogo en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA II

SOR MARIA en la habitación de la derecha, ANTONIA, FELICIANA y MENDOZA en la de la izquierda

FEL Pero ¿es que no queda esperanza?

MEN. Son tan pocas las que puedo ofrecer á ustedes... Ya escucharon la opinión de los compañeros llamados á consulta. Conforme se halla con la mía. En fin... Dios sabe más que nosotros los médicos. Ustedes son buenas creyentes. Quien pone su esperanza en Dios, siempre debe esperar.

FEL Usted...

MEN. He hecho cuanto podía y seguiré haciendo

cuanto sepa. Por lo demás, sin que esto signifique que don Santiago se halla perdido por completo, si ha de tomar alguna disposición conviene prevenirle.

ANT. (Llorando.) ¡Ay, Virgen Santísima!

MEN. Gran trabajo me produce hablarle de este modo, pero ciertas indicaciones son en mí obligatorias.

FEL Ya lo sé... ya lo sé... Hace usted lo que debe. Cuando venga Luis le diremos... Luis está al frente de los negocios de Santiago. Por lo que toca á otras disposiciones...

ANT. Bien sabe usted lo que es papá... A nosotras nos deja libres en las prácticas religiosas; él... A pesar de las indicaciones nuestras no modifica su actitud.

FEL A nosotras no nos hace caso. Cosas de mujeres como dice. Haría falta que alguien de más autoridad... Si usted con su influencia...

MEN. Perdóneme usted, Feliciana. Respeto mucho mi conciencia para intervenir la del prójimo. Soy médico, nada más que médico. Del médico dispongan á placer. Y de todas suertes hasta luego.

ANT. Le acompañaremos. (Antonia y Feliciana acompañan hacia el fondo á Mendoza.)

MEN. (A Antonia.) Enjugue usted esas lágrimas. (A Feliciana.) ¿Quién sabe aún? ¿Quién sabe aún? (Salen por el fondo izquierda los tres. Se abre la puerta derecha de la habitación de la derecha y aparece en ella Anselmo con un servicio de chocolate y un plato de bizcochos, sobre una bandeja. Anselmo será hombre de más de cincuenta años con el pelo cano y la piel rugosa y curtida. Sor María al ver á Anselmo se lleva un dedo á los labios como imponiéndole silencio. Toda la escena se hará en primer término y en voz baja.)

ESCENA III

SOR MARÍA y ANSELMO

ANS. Aquí traigo su tente en pie. (Poniéndo el servivicio sobre un veladorcito portátil y llevándolo frente

á un sillón en que habrá tomado asiento Sor María.)
¿Cómo sigue el señor?

SOR — El médico dice que muy mal.

ANS. — ¡Quien le ha visto y le ve!... Fuerte era como un roble. Ni hombre ni clima hubo que le pudieran; y le puede una enfermedad.

SOR — ¡Dios lo dispone!

ANS. — Dios y el corazón de don Santiago que ha dicho «hasta aquí llego yo.» El amo ha peleado mucho en este mundo. Cuando se pelea mucho en este mundo es el corazón el que paga.

SOR — Verdad.

ANS. — No todo han sido flores para don Santiago. Yo que le sirvo va para treinta años, lo sé.

SOR — Allá en Africa...

ANS. — Da mucho trajín hacer fortuna entre aventureros y salvajes desnudos; y da más conservarla después entre hombres bien vestidos. Allá en más de una ocasión teníamos que andar á riflazos. Acá... ¡Vaya que fueron muchos sustos y cavilaciones!... Así está él.

SOR — Dios premiará sus afanes y perdonará sus culpas, si las tiene.

ANS. — No hace mi amo grandes cuentas con Dios. Con usted transige, á condición de que no le miente prácticas ni oraciones.

SOR — Lástima que sea un descreído, porque es afable, bondadoso...

ANS. — A ratos. ¡Si le hubiese visto rifle en mano por aquellas montañas donde tiene las minas!... Ahora, que con usted... Como usted es buena y le cuida... ¡Si le cuida! Más que la hija y la mujer propias.

SOR — No murmure usted de sus amos. Buenas y religiosas son.

ANS. — (Encogiéndose de hombros.) ¡Pths!...

SOR — Nuestra orden les debe grandes atenciones. De modelo pueden servir en punto á devoción y piadosas obras. ¡Así fuera don Santiago como ellas!... No correríamos el peligro de que abandonará la existencia dando un mal ejemplo.

ANS. Lo dará, hermana, lo dará.

SOR Perdónele Dios por los méritos de su familia. ¿Quién sabe?... Aun espero que Jesús misericordioso ponga mano en su corazón.

ANS. ¿Para curárselo?

SOR Para volverlo á la virtud. Llévese esto. Voy á dar por allí una vuelta. (Sor María se dirige á la alcoba y entra en ella. Anselmo, recoge el servicio y sale por la puerta derecha. Entran por el fondo del gabinete de la izquierda Antonia, Feliciana, Adela, Mercedes y don Luis.)

ESCENA IV

ANTONIA, FELICIANA, ADELA, MERCEDES y LUIS en el gabinete de la izquierda

ADELA Un momento; sólo dispongo de un momento. ¡Qué día tan ajetreado! (Sentándose como los otros. A Feliciana.) Figúrate que esta mañana hemos tenido junta para repartir ropa vieja entre los pobres del distrito. Luego á casa de la modista. ¡Qué plomo! Dos horas ha tardado en probarnos seis trajes para las carreras. Tres á cada una. Los días de carreras son tres. Después almuerzo de íntimos. Por experiencia sabes lo que son estos almuerzos de íntimos; más fastidiosos que los de etiqueta. Ahora aquí. Cuando salgamos de aquí, á devolver visitas. A las seis el té de los de Fuensalobre. Desde el té á la conferencia de los Luises. La de hoy está á cargo de un misionero joven, con las barbas muy rubias; ¡guapísimo!... En seguida de comer, al *sábado blanco* del Español y á las doce, desde el *sábado blanco,* al baile que dan en la embajada rusa. ¡Cómo os echarán de menos en todos esos sitios!... ¡Vosotras que no faltáis nunca!... A todo esto, ¿cómo está Santiago?

ANT. Muy grave.

MER. El cariño exagera siempre los temores.

FEL. El médico no se atreve á darnos esperanzas.

LUIS Siempre hay que esperar. Santiago es muy fuerte.

FEL. Su fortaleza concluyó. Por minutos decae. Bien lo sabe usted. Hace ocho días que usted sólo atiende sus negocios. ¡Cuando no se ocupa en sus negocios él!

ADELA ¡Vaya por Dios, vaya por Dios!

MER. Ya hemos repasado la lista del portal. ¡Una resma!... Ni un solo amigo falta.

ADELA ¡Tendría que ver! Nosotras, aprovechando que la confianza nos autoriza, subimos en persona.

FEL. ¡Cuánto os lo agradecemos!

ADELA ¡Bah! Lo mismo harías tú si mi marido se encontrara en el caso del tuyo. Por supuesto, no habrá ocasión. El mío no muere en su cama. Muere en el Club, encima del tapete verde.

ANT. ¡Mujer!...

ADELA Una noche cualquiera en que le tiren diez contrarias seguidas, apoplegía fulminante.

LUIS ¡Vaya un diagnóstico!

ADELA Es la pura verdad. Tan verdad como que no estais para bromas. Perdonadme; soy una aturdida. ¡El pobre don Santiago! ¡Qué lástima!... ¡Con la temporada de invierno que vamos á tener!...

MER. Anoche, en la inauguración de la Comedia, os echaban mucho de menos.

ANT. ¿Sí?

MER. Sois en nuestro mundo figuras principales.

FEL. No tanto.

ADELA ¿Cómo que no? Y tu marido es el banquero más fuerte de Madrid.

LUIS Y su bolsillo el más abierto á los pedigüeños.

FEL. Los ricos debemos ser caritativos.

LUIS Con los pobres no digo que no. Con los que viven y prosperan sin más oficio conocido que el de pedir para los pobres, ya es otro cantar.

ADELA No sea usted impío.

(Durante esta conversación, Mercedes y Antonia se

habrán sentado á la izquierda en el fondo, donde platicarán aparte.)

LUIS Ni lo soy ni dejo de serlo. Pero hago números y saco consecuencias. Mire si no (A Feliciana.) este fajo de recibos que me han entregado en la portería. (Cogiendo un fajo de papeles que habrá puesto sobre un velador y enseñándolo á Feliciana.) Repáselos y se convencerá. (Alargándoselos.)

FEL No, no. (Rechazándolos.) Repáselos usted por mí.

MER. (A Antonia.) Paco estaba anoche en la Comedia. No hizo más que hablarme de ti. Está como sin sombra.

ANT. A diario me escribe.

LUIS Con permiso de ustedes voy á ordenarlos aquí mismo y á hacer la suma. (Toma asiento junto al velador, saca un lápiz y se pone á escribir.)

ADELA ¡Ay, si hiciéramos nosotras la suma de sus impiedades!.. (Aparte á Feliciana.) A propósito de impiedades. Supongo que tu marido no dará una campanada á última hora. Es necesario prepararle. ¿No le has hablado aún?

FEL. Lo he hecho indirectamente. ¡Temo tanto una negativa formal!

ADELA ¡Negativa!... Por todos los medios hay que evitar semejante desgracia. ¡Un hombre de la posición de Santiago morir como un hereje! Comprenderás que es imposible.

FEL. Peor que la muerte fuera para nosotros. ¡Ver á Santiago perder su alma!

ADELA ¡Y verle camino del cementerio civil con cuatro coches á la zaga... porque no llevaría más de cuatro coches!... ¡Ir así, á un cementerio donde no entierran más que golfos, un personaje que puede recibir telegráficamente la bendición papal y tener sufragios en las principales iglesias y llevar cruz alzada junto al carro fúnebre, y detrás del carro fúnebre todos los carruajes propios de Madrid!... ¡No, hija, de ninguna manera! Aunque sólo sea por «el qué dirán» debe prestarse á ello Santiago. Vaya que mientras una vive descuide á Dios algunas veces;

pero á la hora de la muerte hay que quedar bien.

FEL. Persuadirle es mi único deseo. Solo que resulta difícil encontrar manera de indicárselo sin despertar su enojo. Tú no conoces su carácter.

ADELA No es preciso ir directamente, metiéndole el cura á puñetazos. Hay medios indirectos; sacerdotes llenos de discreción... Puede venir uno como de visita, presentárselo tú á Santiago con cualquier pretexto.. Una vez presentado, á su cargo corre lo demás.

FEL. Eso sí.

ADELA Sacerdotes conozco que son mano de santo para estas conversiones. Y tú conoces también á uno.

FEL ¡Yo!... ¿Quién es?

ADELA El padre Enrique, ese viejecito ejemplar que se ha pasado cuarenta años convirtiendo salvajes. Me parece que si hablara con tu marido ya le convertiría.

FEL ¡El padre Enrique!

ADELA Un santo varón. Cuando habla hay en sus palabras tal dulzura, tal fe, que conmueve los corazones. Con su ayuda todo marcharía sobre andas. Aunque los ricos no somos de su cuerda, en este caso no se iba á negar. Nada se pierde con probarlo. Muy cerca de aquí vive. Si quieres voy á buscarle en nuestro coche y nuestro coche le trae en un amén. ¿Quieres?

FEL. ¿No he de querer, Adela? ¿No comprendes que lo haría todo por salvar á Santiago?

ADELA Pues, hija, las cosas en caliente. ¿Mercedes?

MER. ¿Mamá?

ADELA Vamos.

FEL Impagable es el favor que me haces.

ADELA ¿Quieres callar, mujer...? Adiós, Luis. Hasta mañana. No os molestéis. Por nosotros no os molestéis. (Salen por el fondo acompañadas de Antonia.)

ESCENA V

FELICIANA y LUIS

LUIS (Por Adela.) Tiene la buena señora tanta abundancia de palabras como falta de sentido común.

FEL. Poco simpática es á usted.

LUIS Si no metiese la cuchara en todo lo que no le importa, me lo sería más. Ahora dió en la flor de que Santiago tome disposiciones religiosas.

FEL. Son de necesidad.

LUIS Más de necesidad hay otras y ya las ha tomado. Ni un cabo deja suelto en su testamento, hecho va para algunos meses. Ha días me dió lectura de él y lo puso en mis manos para que lo ponga yo en la de ustedes si ocurre una desgracia. Ni yo propio sabía la importancia de su caudal. Por supuesto, sólo con él pueden atenderse los gastos de esta casa. Ninguna en Madrid la iguala en fastuosidad.

FEL. ¡Ya que podemos sostenerla!...

LUIS Claro está que pueden. La mina de oro de Africa no lleva trazas de agotarse. Al contrario, cada vez es más rico el filón. No se arruinará Santiago por muy espléndido que sea.

FEL. Para su hija y para mí sin cortapisa lo es.

LUIS Ya valen sus esplendideces el obsequio de no molestarle con indicaciones de cierta índole.

FEL. Y por no contrariarle una hora, unos minutos, ¿vamos á permitir que se condene? Eso nunca. ¿Verdad, hija mía? (A Antonia, que habrá entrado momentos antes por el fondo.)

ESCENA VI

ANTONIA, FELICIANA y LUIS

ANT. Y tan verdad.

LUIS Cosa de ustedes es, en la que yo ni debo ni puedo intervenir. Con su licencia, terminaré el arreglo de unos papeles que Santiago me encargó dejar listos antes de la noche. En la habitación suya están. (Se dirige á la habitación de la derecha.)

FEL. Pero...

LUIS No le despertaré. Es operación que no precisa ruidos. Además, así estoy á la vista por si acaso me necesitara. (Entra en la habitación de la derecha y cierra la puerta tras él.)

ESCENA VII

ANTONIA y FELICIANA

FEL. ¡Vaya con el hombre! Si no fuera porque tu padre le protege y porque en asuntos de dinero resulta la honradez personificada, hace tiempo que no entraría en esta casa. ¡Casi, casi poniendo dificultades á nuestros proyectos...!

ANT. Las dificultades vienen de mi padre. ¿Cómo conseguir de él...?

FEL. Pronto lo hará alguno más sabio que nosotras.

(Mientras Antonia y Feliciana dialogan en el gabinete de la izquierda. Luis se dirige al «secretaire» y abriéndolo saca de él algunos papeles que hojea y va ordenando silenciosamente.)

ANT. ¿Eh?

FEL. Adela se encargó del asunto. Poco tardará esa persona en venir á esta casa.

ANT. ¿Quién?

FEL. El Padre Enrique, un sacerdote ejemplarísimo.

ANT. ¿De veras?

FEL. El nos ayudará.

(Entra un Criado por el fondo.)

ESCENA VIII

ANTONIA, FELICIANA, un CRIADO. Después el PADRE ENRIQUE en el gabinete de la izquierda. LUIS en la habitación de la derecha

CRIADO Señora, un sacerdote desea hablar á ustedes. Se llama el Padre Enrique.

ANT. ¡Es él!

FEL. ¡Que pase! ¡Que pase en seguida!

(Sale el Criado por el fondo.)

ANT. No hay dos como Adela.

FEL. Con nada se paga este servicio.

(Vuelve á entrar por el fondo el Criado que cede el paso al Padre Enrique. Será éste hombre de sesenta años, pobre en su vestir y humilde en sus acciones.)

P. ENR. Con permiso de ustedes...

(El Criado se retira por el foro.)

ANT. (Adelantándose hacia el Padre Enrique.) ¡Permiso!... Usted manda en esta casa, Padre.

ESCENA IX

ANTONIA, FELICIANA y el PADRE ENRIQUE en el gabinete de la izquierda. En el de la derecha LUIS, y á poco SOR MARÍA

P. ENR. ¿Mandar? Nunca lo hice, señora. La condesa de Treceño vino en busca mía...

FEL. Tome usted asiento... Descanse... (Ofreciendo un sillón al Padre Enrique.)

ANT. ¡El sombrero! (Cogiendo el sombrero del cura que llevará éste en la mano y dejándolo sobre una silla. Mientras se realizan todas estas acciones sale de la alcoba de la habitación de la derecha Sor María y habla lo que sigue con Luis.)

SOR Despertó. Respira con gran dificultad. ¿Quiere ayudarme á incorporarle?

LUIS ¿No he de querer, hermana? (Luis y Sor María entran en la alcoba dejando caer tras ellos la cortina.)

ESCENA X

ANTONIA, FELICIANA y el PADRE ENRIQUE

FEL. Adela habrá dicho á usted el inmenso favor que esperamos de su bondad. Nuestra gratitud...

P. ENR. El favor soy yo quien lo recibe. Gratitud no la merece el cumplimiento de un deber.

ANT. Sin embargo...

P. ENR. Obligación es en mí, señorita, volver un alma al buen camino, si de él se apartó; enseñárselo si lo desconoce.

FEL. ¡Padre! (Con gratitud.)

P. ENR. Treinta años de mi vida pasé lejos de países civilizados procurando sembrar en el corazón de los hombres la santa doctrina de Jesús. Propagarla y realizarla con los humildes es al presente mi tarea. Hay mucha miseria y mucho sufrimiento entre los de abajo. De ahí que esté al lado suyo.

ANT. No obstante hoy...

P. ENR. Hoy me creen ustedes útil. Aquí estoy. Dispongan de mí.

FEL. Con usted contamos para convencer á Santiago, á mi esposo.

P. ENR. Su esposo de usted, ¿es contrario á las prácticas religiosas?

ANT. Sí, señor.

P. ENR. ¿Por convencimiento?

ANT. Por costumbre. Por no haber pensado nunca en ello.

FEL. Santiago llevó desde mozo una existencia aventurera. Aun era muchacho y ya andaba peleando, allá en Africa, por la busca del oro.

P. ENR. ¡Ah!... ¿Fué minero en Africa?

FEL. A los treinta años partió á allá en busca de caudales que conquistar.

P. ENR. A los treinta años partí yo, para Africa también, en busca de almas que redimir. ¿Quién sabe si algún día nos habremos tropezado

por aquellas montañas su esposo de usted y yo? El, peleando con los salvajes por extraer tesoros á su tierra; yo, predicándoles para depositar en sus corazones el gran tesoro de la Fe. (Breve pausa.) No es extraño que á él, afanado desde la mocedad por las riquezas de este mundo, le faltara tiempo para pensar en Dios. No es extraño que luego de enriquecerse siguiera dándole al olvido. La pelea bárbara del oro absorbió primero todas sus energías. Después las solicitó la fiebre de aumentarlo. El brillo del oro ciega los ojos del espíritu para toda otra luz.

ANT. Así debe ser, como usted lo dice, Padre Enrique.

P. ENR. He conocido en Africa muchos aventureros de esa condición y he penetrado sus conciencias. Si el padre de usted es uno de estos hombres, no es una alma perdida la que va á hallarse frente á mí; es una alma virgen á las enseñanzas religiosas. No es un espíritu que se cerró conscientemente á la verdad, es un espíritu que no se abrió á ella aún. Es un ser apartado del bien por la idolatría del oro, como los salvajes á quienes prediqué por la idolatría del *fetiche*. Si ello es así, si, no el aborrecimiento, el desconocimiento de la verdadera doctrina motiva la actitud de ese desventurado, mi tarea resulta fácil. (Todo esto ha de ser dicho con unción evangélica.)

ANT. ¿De veras, señor?

P. ENR. Preferible, cien veces preferible es á un sacerdote hallarse frente á una conciencia ruda, erizada en ignorancias de la divinidad, que frente á una conciencia roída por la hipocresía, por el egoísmo, por el cálculo. Sobre una roca se puede modelar. Sobre una charca no hay manera.

ANT. Es decir, que abriga usted esperanza de llegar hasta el corazón de mi padre.

P. ENR. La tengo, si el cielo me concede su ayuda. Necesito la de ustedes también.

FEL. ¿La nuestra?

ANT. Mande. ¿Qué debemos hacer?

P. ENR. Lograr de su padre que me conceda una entrevista.

FEL. ¿Y no sería mejor que sin prevenirle, entrase usted en su habitación con nosotras, como si fuese visita nuestra y nos acompañara?

P. ENR. Eso de ninguna manera. (Con dulce firmeza.) Las almas no se fuerzan, se ganan. Ni á la imposición, ni al engaño han de encomendarse estos fines. Son caminos que el Eterno no pisa. La persuasión, el ruego, el convencimiento, la dulzura, son los caminos de Jesús. Andemos por ellos.

FEL. Nosotras...

P. ENR. Andando por ellos lograrán ustedes que me escuche...

ANT. ¿Y sabremos nosotras?...

P. ENR. ¿Quién mejor para conseguirlo? (A Feliciana.) Usted es la esposa, la compañera, la que en horas de sufrimientos y dolores supo endulzarlos con su afecto, con sus virtudes. (A Antonia.) Usted es la hija, la carne suya hecha juventud y bondad. Lleguen ustedes á él, suavicen la conciencia de esa criatura próxima á morir con caricias y ruegos; díganle que este sacerdote no aspira á obligarle, aspira á convencerle, y Dios entrará en su alma con ustedes antes que conmigo.

ANT. ¡Padre! (Sollozando. Feliciana llora también.)

P. ENR. Ustedes serán sus verdaderas salvadoras. No será él rebelde á sus súplicas si van acompañadas por lágrimas como las que salen ahora de sus ojos, por suspiros como los que agitan sus pechos, dilatados por la sublime confianza de conquistarle para Dios. Lloren, hermanas, lloren. Sea el llanto suyo rocío fecundador para el espíritu que tratamos de redimir. (Momento de pausa durante el cual las mujeres llorarán con las cabezas inclinadas, mientras el Padre Enrique extiende sus manos sobre ellas. En este momento se abren las cortinas de la alcoba de la habitación de la derecha y salen de ella Santiago, Sor María y Luis. Santiago apoyándose en Luis y Sor María y andando trabajosamente.)

ESCENA XI

SOR MARÍA, SANTIAGO. LUIS en la habitación derecha. ANTONIA, FELICIANA y el PADRE ENRIQUE en la de la izquierda

SANT. ¡Basta de cama! En la cama me ahogo. A lo menos así, respiro. (Sor María y Luis conducen á Santiago á uno de los sillones, en el cual pone Sor María una almohada que sacará de la alcoba luego de sentar á Santiago.)

SOR Siéntese aquí. (Sientan á Santiago que deja caer la cabeza sobre el respaldo y da muestras de gran fatiga. Volviendo con la almohada y poniéndola detrás de Santiago.) La almohada. A estarse quietecito mientras aviso á las señoras; y á tener confianza en Dios. (Dirigiéndose a la izquierda.) Dios no ha dicho su última palabra.

SANT. El médico la ha dicho. (Sor María entreabre la puerta de la izquierda.)

SOR (A los de la izquierda.) ¿Hay licencia? (Al oir la voz de Sor María, Antonia y Feliciana levantan la cabeza.)

FEL. (Enjugándose los ojos.) ¡Adelante! (Sor María entra en la habitación de la izquierda cuya puerta cierra tras de sí, mientras lo hace y avanza donde están los otros, hablan Luis y Santiago.)

SANT. ¡Ay, Luis, esto se acaba! ¡Maldito corazón!

LUIS Vamos... Calma. (Santiago desploma la cabeza en el respaldo del sillón y oprime entre las suyas las manos de Luis, mientras el diálogo continúa en la habitación de la izquierda.)

ESCENA XII

ANTONIA, FELICIANA, SOR MARÍA y el PADRE ENRIQUE en la habitación izquierda. En la otra SANTIAGO y LUIS

SOR Don Santiago se levantó.

ANT. ¿Mejorado?

SOR Con bastante fatiga. En el sillón parece más tranquilo.

SANT. ¡Qué martirio!

LUIS (Arreglando la almohada.) A ver si estás mejor así.

P. ENR. (A Antonia y Feliciana.) Por mí no se detengan. Vayan al lado suyo. Y si hallan la ocasión propicia, háblenle. Yo aquí espero.

FEL. ¿Va usted á quedar solo?

P. ENR. (Sacando una Biblia del bolsillo.) Nunca lo estoy. Siempre me acompaña este libro. El evangelio de Jesús.

FEL. (A Antonia.) Vamos entonces. (A Sor María. Bajo.) Procure que don Luis salga de la habitación con usted cuando entremos nosotros. (Al Padre Enrique.) Con permiso.

P. ENR. El Señor las ayude. (Antonia, Feliciana y Sor María entran en la habitación derecha cerrando la puerta tras ellos. El Padre Enrique que se dirige hacia el fondo leyendo en el libro que abre como al azar.) «En verdad os digo que más fácil le es á un camello entrar por el ojo de una aguja, que á un rico en el reino de Dios.» (Pasea por el fondo un par de voces mientras hablan en la habitación derecha. Luego desaparece para volver cuando se indique.)

ESCENA XIII

ANTONIA, FELICIANA, SOR MARÍA, LUIS y SANTIAGO en la derecha. El PADRE ENRIQUE en la izquierda

ANT. (Que acompañada de su madre se habrá dirigido hacia Santiago sentándose junto á él y acariciándole mientras lee el Padre Enrique.) Ya te tenemos fuera de la cama. ¿Ves como estás mejor?

FEL. El ratito de sueño te ha sentado admirablemente.

SANT. Mejor estoy porque en la cama no puedo respirar; pero no hay que hacerse ilusiones.

FEL. (Cariñosamente.) Santiago...

SANT. Así; las dos al lado mío. (Con tristeza.) Poco va quedándonos de estar juntos.

ANT. ¿A qué pensar tales despropósitos?

SOR (Aparte á Luis, que se habrá retirado hacia la derecha para dejar á Antonia y Feliciana junto á Santiago.) ¿No le parece que sería conveniente dejarlos?

LUIS A su gusto. (Salen por la puerta derecha Luis y Sor María. El Padre Enrique habrá salido ya de escena.)

ESCENA XIV

ANTONIA, FELICIANA y SANTIAGO

ANT. ¡Fuera de tristezas, papá! Es preciso animarse.

SANT. La tristeza mía es por dejaros. He visto en más de una ocasión la cara á la muerte para tenerla miedo. Morir es un segundo. Después...

FEL. Después nos queda la otra vida.

SANT. ¿Vas á empezar con tus sermones?

ANT. No se trata de eso. Se trata del gusto con que veríamos nosotras que tú pensases algo en Dios; en el Dios que todos debemos adorar.

SANT. Ya lo adorais vosotras. Nunca me opuse á ello. Luis, que lleva mis cuentas, sabe que no regateo vuestras adoraciones. (Mirando á su alrededor.) ¿Se marchó Luis?... ¿Le habéis hecho salir vosotras?

FEL. Para hablar contigo; para rogarte que por las dos y por tí mismo, accedas á nuestras instancias de siempre.

SANT. ¿Para eso? (Con disgusto.)

FEL. Entiéndeme bien. No se trata de una confesión. No estás en ese caso; pero un sacerdote amigo nuestro, sabedor de que te hallas enfermo, vino á visitarnos y desearía saludarte.

SANT. ¿A mí?

ANT. Aunque no te trata te estima.

SANT. ¡Un cura! ¡Estaría bueno que me lo metieses en la alcoba!

FEL. ¡Santiago!... (Suplicante.)

SANT. No insistas.

ANT. (Con cariño. Cogiendo las manos de su padre.) ¿Y si fuese yo quien insistiera?...

SANT. ¡Antonia!... (Impaciente, pero con dulzura.)

ANT. Sí, yo, tu hija que te adora... Yo, que anoche, durante el ataque que te puso en tan gran peligro, sufría horriblemente por el temor de verte morir y por la angustia de que murieras sin el auxilio de Dios; de que tu alma se perdiese para el cielo como tu cuerpo para la tierra. (Deteniendo un ademán interruptor de Santiago.) Ese sacerdote, solo desea hablar contigo. No es un confesor, es un consejero. Tú que eres tan bueno, tú que siempre has dado gusto á esta hija tuya en sus más risibles caprichos, ¿por qué desatiendes mis súplicas? Mira que en ello va mi única dicha del presente. Mira que en ello puede consistir tu salvación. (Llorando.)

SANT. (Conmovido.) ¡No llores!.. Tus lágrimas me hacen mucho daño. ¡Enjúgalas!... La mano de tu padre las enjugará. (Alzando sus manos temblorosas al rostro de Antonia.)

FEL. Las enjugarías mejor atendiéndola.

SANT. Pero hija, si no creo, si no he creído jamás eso que tú dices. (Con dulzura.)

ANT. No es que no lo crees. Es que no lo conoces. Es que durante la vida tuya, toda agitación y pelea, no has tenido tiempo de pensarlo.

SANT ¡Mi vida!.. (Como abstraído.)

ANT. (Obedeciendo á un gesto de su madre para que siga.) ¿Qué trabajo supone para tí recibir á un sacerdote que viene á hablarte de la bondad de Dios? ¡Tú crees en Dios, padre mío!

SANT A mi manera creo.

FEL ¡Entonces!...

SANT. Creo en él; pero creo también que en esta vida todo acaba.

ANT. ¿Y si no acabase? ¿Y si después de esta vida hubiera otra?

SANT. ¿Otra?... (Con más espanto que energía.) ¡No!... ¡Repito que no!... No debe existir. (Trémulo.)

ANT. ¿Y si existe?... ¿Y si hay en ella premios y castigos para las acciones del hombre?

SANT. ¡Castigo!...

ANT. Yo creo en esa vida. ¿Por qué no quieres creer tú? ¿Por qué no accedes á que persona más sabia que yo te hable de ella?

SANT. ¡No!... ¡No!...

FEL. ¿Por qué?

ANT. Piensa lo que dices, oye á tu hija, que te habla arrodillada con tus manos entre las suyas.

SANT (Palideciendo, desplomándose con angustia.) ¡Aire! ¡Me ahogo! (Las mujeres le auxilian: él va reponiéndose poco á poco.) Pasó. Fué un instante. Ya estoy más tranquilo. (Con actitud de delirio.) ¿Qué decías?... ¡No! ¡No quiero creer en otra vida más que en esta!

ANT. ¿Y si hay otra? ¿Y si allí se pagan con suplicios eternos las culpas que se cometen en la tierra?

SANT. ¡Suplicios eternos! (Con angustia.)

ANT. ¡Eternos para las grandes culpas que no borra el arrepentimiento! ¿Quién no cometió grandes culpas? ¿No habrá alguna en tu existencia, padre?

SANT. (Que ha seguido con gesto de horror las palabras de su hija) ¿Qué dices, Antonia? ¡Mis culpas! (Apretándose el pecho con las manos y cerrando los ojos.) ¿Qué es esto? ¿Por qué viene esa imagen delante de mis ojos? ¡Me volverá cobarde la muerte! (Abriendo los ojos y cogiendo las manos de Antonia.) ¿Crees que hay un Dios justiciero? ¿Que castiga con castigo eterno los crímenes?

FEL. ¡Santiago!

SANT. (A su hija.) Habla tú. ¿Lo crees con verdad de tu alma?

ANT. Lo creo.

SANT. ¡Lo cree ella que no cometió infamias! (Con angustia.) ¿Será verdad?... ¡Y si lo fuera!... Si lo fuera, ¡pobre de mí!

FEL. ¿Qué dices, Santiago?

SANT. ¡Qué digo! (Con terror.) Ignoro si es la vecindad de la muerte ó el temor de ese Dios, ó las voces de mi conciencia, que nunca habló tan alto; pero siento horror en mi espíritu.

¡Castigo eterno!... Si le hay para los crímenes del hombre, eterno debe ser el mío.

ANT. ¿El tuyo?...

SANT. Mi vida se escapa y con ella sube mi secreto á mi boca.

ANT. ¡Papá!...

SANT. Tú has llamado á esta conciencia mía. Ella te responde. No hacen falta sacerdotes á mi arrepentimiento; con la conciencia sobra.

FEL. ¿Qué quieres decir?

SANT. Escuchadme las dos. (Atrayéndolas hacia sí. Luego de mirar á todas partes.) Este hombre á quien vosotras amais, á quien todos respetan... Es un asesino.

ANT. ¡Padre!

FEL. ¡Santiago!

SANT. Fué allá, cuando joven... en Africa. En aquellas montañas donde se juega la vida por ganar el oro. (Ademán de interrupción en Antonia y Feliciana.) ¡Aguardad!... Ni yo propio me atrevo á oirme.

FEL. ¡Deliras!

SANT. ¡Delirar!... Eramos dos compañeros inseparables, dos hermanos... El tenía familia en Europa, hijos... mujer... Trabajábamos juntos en las minas de otros aguardando la hora de tropezar con un filón...

ANT. ¡Padre!

SANT. ¡No me interrumpas! (Mirando al espacio con terror.) ¡Y decía yo que no iba a asustarme la muerte!

FEL. ¡Tranquilízate!... ¡Serénate!

SANT. No. ¡Oid, oid á mi conciencia, ya que la despertásteis!... El tropezó con el filón.. Vino á decírmelo lleno de confianza... á ofrecerme una parte en él.. como hermanos que éramos. El filón estaba muy lejos... en el corazón de la sierra... Era aquel filón la fortuna suya... la de su mujer y sus tres hijos, que desfallecían de miseria en Europa... Era la fortuna mía también, puesto que él me daba una parte... ¡Yo lo quise todo!... El estaba vuelto de espaldas, mostrando el camino del oro... Hundí mi cuchillo

en su carne... Hasta el mango entró... Arrojé á un despeñadero el cadáver... y la mina... esa mina que nos hace ser omnipotentes... ¡la mina de él, fué para mí solo!.. ¡Cómo botó el cuerpo en las rocas! (Con extravío agónico.)

ANT. ¡Eso no es posible!

FEL. ¡Tú sueñas!

SANT. ¡Sueño, sí! Sueño con mi eterna condenación. (Incorporándose; con energía.) ¡No!... ¡No quiero que sea!... No quiero llegar ante Dios con la conciencia chorreando sangre!... ¡Hay que restituir!...

FEL. ¡Restituir!...

SANT. ¡Todo!... Nada nos pertenece. Si no puedo devolver al muerto su vida, devolveré su caudal á los vivos...

ANT. ¡Restituir!

FEL. ¡La miseria para nosotros!...

SANT. ¡Hay que buscarlos!... Hay que dárselo todo, ¡todo!... ¡Es suyo!... Nuestro no es nada... ¡nada! Pronto, hija mía, ¡pronto!... ¿Dices que un hombre de bien quiere hablarme?... ¡Que entre!... ¡Porque yo muero!... Sea quien sea... sacerdote ó no, cumplirá mi última voluntad... ¿Qué os detiene?... ¡Llamadle!... ¡Llamadle!... ¡Habré de ir yo en su busca!... (Incorporándose en un postrer esfuerzo.)

(Poco antes ha aparecido en el fondo de la habitación de la izquierda el Padre Enrique, que sigue leyendo su Biblia y paseando lentamente. Feliciana y Antonia se miran un momento fijo, muy fijo y abriendo la puerta que comunica con el gabinete, salen á él, cerrándola tras sí, mientras Santiago se desploma en el sillón donde queda inmóvil, agonizante, con los ojos clavados en la puerta.)

ESCENA XV

SANTIAGO, en la habitación derecha. ANTONIA, FELICIANA y el PADRE ENRIQUE, en la de la izquierda

P. ENR. (Avanzando.) ¿Qué?

FEL. No hay manera de convencerle. La presencia de usted es inútil. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley, drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.
Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso,
Luciano, drama en tres actos y en prosa.
El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.
Juan José, drama en tres actos y en prosa.
El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).
La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).
El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.
Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.
Aurora, drama en tres actos y en prosa.
De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.
El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.
¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.
Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.
La conversion de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.
El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.
Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.
Marinera, monólogo en un acto y en prosa
Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.
El crimen de ayer, drama en tres actos y en prosa.
Los majos de plante, sainete en un acto y tres cuadros, en verso (2).
Entre rocas, zarzuela en un acto y tres cuadros, en verso.
La confesión, comedia en un acto y en prosa.
Los tres maridos burlados, enredo en tres cuadros y un prólogo, en verso (2).
Los majos de plante, sainete lírico en un acto (2).
Spoliarium, novelas cortas.
Tinta negra, artículos y cuentos.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso.
(2) Idem con Pedro de Répide.

Precio: UNA peseta